

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS IX JORNADAS

VOLUMEN 5 (1999), Nº 5

Eduardo Sota

Luis Urtubey

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



[Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/arg/)



El recuerdo como conocimiento

*María Inés Mudrovcic**

Las relaciones entre el pasado histórico y el presente del historiador comenzaron a ser especialmente tematizadas en las discusiones de filósofos e historiadores a partir de la década de los 80'. Desde entonces, trabajos provenientes de distintas disciplinas se ocuparon, desde perspectivas diferentes no siempre convergentes, de cuestiones tales como el rol de la memoria colectiva en la historia y en la constitución de identidades colectivas, la memoria y el olvido como fenómenos políticos, la incidencia de la memoria en las reconstrucciones del pasado, etc. La confluencia de varios factores influyó para que desde ángulos muy diversos se sintiese la necesidad de una reconsideración de la relación del historiador con su pasado reciente.

En las discusiones que se dieron en el ámbito de la filosofía narrativista de la historia - una vez superada su fase estructuralista- obras como la de D. Carr y P. Ricoeur,¹ que sostienen la continuidad entre la configuración narrativa y la experiencia temporal abren la tensión entre el discurso histórico, la memoria colectiva y el contexto del historiador. Desde la hermenéutica de origen heideggeriano, H. G. Gadamer provee una interesante perspectiva filosófica para abordar la relación de la memoria con el conocimiento histórico al señalar de qué modo la tradición opera como mediadora de las raíces profundas que la historia posee en la memoria. Y desde la filosofía de la ciencia y la filosofía política, autores tan disímiles como I. Hacking y H. Hirsch,² se interesan en lo que podría denominarse la política de la memoria y su incidencia en la reconstrucción del pasado como un factor de poder. La misma inquietud se observa en el ámbito de la historia. La "disputa de los historiadores" llevada a cabo en Alemania en torno a la cuestión del Holocausto no sólo reveló el carácter problemático y la tensión ética ínsita en la elaboración historiográfica de un pasado comprometido con la memoria colectiva sino, por sobre todo, puso en evidencia la multiplicidad de perspectivas implícitas en la asunción de las políticas de la memoria. Dentro de este contexto de discusión acerca de las relaciones entre la historia y la memoria, algunos filósofos e historiadores han dirigido su atención a los problemas que plantea la historia oral en tanto disciplina que intenta reconstruir el pasado a través de las memorias individuales rescatadas en las entrevistas. Dichas consideraciones han tenido como objetivos principales, por un lado, discutir el rol del testigo como mediador entre el acontecimiento ocurrido y la narración producida y, por otro, analizar los alcances de la pretensión de verdad del recuerdo como huella o testimonio de lo real pasado. Es en este sentido que se desarrolla la polémica entre C. Guinzburg y M. Jay o la defensa de P. Ricoeur del papel crítico que la historia ejerce sobre la memoria. Sin embargo, creo que esta mirada que se ha dirigido a la historia oral toma en cuenta sólo uno de los aspectos que el recuerdo tiene para los historiadores y descuida todo el desarrollo reciente, producido en la última década, de lo que se puede denominar el "giro interpretativo" en historia oral. En lo que sigue intento, en primer lugar, distinguir entre dos tipos de historia oral, una que denominaré "reconstructiva" y otra "interpretativa" de acuerdo al diferente estatuto que en cada una de ellas posee el recuerdo

* Universidad Nacional del Comahue.

y, en segundo lugar, considerar el rol del recuerdo en las reconstrucciones historiográficas del pasado reciente en lo atinente a las relaciones entre la memoria y la historia.

La historia oral es el registro y análisis de los testimonios orales acerca del pasado. Por historia oral se entiende tanto el proceso de investigación en el que el acto de recordar es provocado por un entrevistador como los géneros de escritura basados en la interpretación de fuentes orales.³ Si bien la historia oral se desarrolló luego de la Segunda Guerra Mundial, no fue sino entre los 60 y los 70 donde recibió su mayor impulso a partir de la creciente influencia de la nueva historia social o "historia desde abajo". La historia oral se transformó, entonces, en el principal medio para el registro de las experiencias vividas por los sectores marginales de los que sólo se contaba con narraciones producidas por las élites.

Entiendo por historia oral reconstructiva aquella que busca extraer conocimiento de lo que realmente ocurrió a partir de las fuentes orales. La función primaria del recuerdo es informar sobre el pasado y su estatuto epistémico es el de documento, entendido éste en su acepción tradicional como huella, vestigio o testimonio a partir del cual se infiere el pasado. Al igual que el documento, la fuente oral constituye la evidencia para las reconstrucciones que el historiador hace del pasado y abona la pretensión de la historia de fundarse sobre hechos. Subyace a esta aproximación un presupuesto realista acerca de la ontología del pasado, una concepción representacionista sobre el género historiográfico y una teoría correspondentista de la verdad. El recuerdo no interesa en sí mismo si no como medio o acceso a lo que aconteció.

Esta forma de tratar el recuerdo fue prioritaria en los inicios de la historia oral en la que sus intereses confluyeron con el creciente avance de la denominada historia social. En este sentido, las fuentes orales contribuyeron al conocimiento de campos tan diversos como la historia del trabajo, historias regionales o historias de mujeres en las que el objetivo fundamental se dirigió a recabar información allí donde ésta era incompleta o estaba ausente.

Desde otra perspectiva, el contenido factual del recuerdo es prioritario cuando lo que se trata de reconstruir son episodios de la historia reciente cuya completa evidencia documental depende de la liberación de archivos. Para mencionar un ejemplo, las entrevistas se constituyeron en la fuente de información primaria para reconstruir un episodio de la historia británica reciente: la crisis del Canal de Suez de 1956. Sin los testimonios orales se debería haber esperado hasta 1987 por la apertura oficial de los archivos. Sin embargo, las reconstrucciones de los hechos históricos de libros como *The Suez War* de Paul Johnson publicado en 1957 y *Suez Affair* de Hugh Thomas, publicado en 1967 fueron verificadas cuando los archivos fueron abiertos en 1987.⁴ El tratamiento del recuerdo como fuente de información de lo que ocurrió ha tenido consecuencias metodológicas. La más importante de ellas se traduce en los cuestionarios cruzados de los investigadores que llevan a cabo las entrevistas y en la triangulación o referencia cruzada dentro y entre fuentes orales y otro tipo de testimonios. Dichas estrategias se implementan como una forma de asegurar la exactitud de los recuerdos. De este modo los historiadores han tratado de responder a la crítica de la poca confiabilidad de los testimonios basados en la memoria.

Sin embargo, a partir de la década del 80 varios factores contribuyeron al desarrollo de nuevas formas de historia oral. En Francia, el historiador P. Nora lleva a cabo el ambicioso proyecto de reconstrucción de la historia de la memoria colectiva francesa en *Les Lieux de mémoire* (1984-92).⁵ Trabajos comparables son llevados a cabo, por sociólogos e historiadores, en Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Israel, tanto en el estudio de la historia

nacional como en el de grupos sociales como tribus y sectas dentro de estas naciones.⁶ Mucha de esta literatura enfatiza la naturaleza socialmente construida de la memoria y sus usos políticos, históricos y culturales. Asimismo la influencia de disciplinas tales como los estudios de la mujer, la nueva antropología y la sociología interpretativa contribuyeron a cuestionar ciertos supuestos de la historia oral reconstructiva, en especial, en lo atinente al objetivo de buscar en el recuerdo sólo el aspecto representativo de la memoria, el "conocimiento exacto" del pasado. Este desarrollo de la historia oral, que podemos denominar interpretativo, se dirige, principalmente, a comprender de qué modo, los sujetos representan al tiempo histórico a través de los testimonios orales. La inexactitud o distorsión de los recuerdos no son considerados negativamente, como en el caso de la historia oral reconstructiva, sino como vías de acceso a las formas culturales y procesos por los que los individuos expresan el sentido de sí mismos en la historia. Este tipo de aproximación al recuerdo tiende a considerarlo más representativo de "verdades colectivas" que a asegurar su consistencia factual, aún cuando no niegue que el recuerdo contenga conocimiento acerca del pasado que sea objetivamente verdadero. Desde este punto de vista adquieren significancia tanto el olvido como el silencio o la inexactitud. Estas nuevas orientaciones confieren un estatuto diferente al recuerdo en las reconstrucciones históricas, ponen en evidencia la necesidad de una reconsideración del alcance teórico de ciertas nociones como las de memoria individual, memoria colectiva o tradición oral y, por otro lado, problematizan la relación del historiador como portador él mismo de recuerdos y el pasado reciente que intenta reconstruir y del que esos recuerdos constituyen testimonios.

Los trabajos provenientes de la sociología como el de M. Holbawchs o de la historia, como los de P. Nora contribuyeron a poner de relieve que la memoria individual no es sino una instancia de una forma social de recordar. En este sentido, se acepta que el testimonio oral, al igual que cualquier otro tipo de documento, está siempre situado en un campo históricamente limitado de convenciones y prácticas, por lo que el recuerdo en tanto práctica lingüística está mediado socialmente. El libro del historiador italiano Alessandro Portelli, *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories: Form and Meaning in Oral History*, publicado en 1991, constituye un buen ejemplo. La policía había matado a Trastulli en Terni, un pueblo del norte de Italia, durante una demostración pacífica contra la NATO en 1947. Cuando Portelli entrevistó a los compañeros de Trastulli, treinta años después, ellos dataron el evento en 1953 en ocasión de una protesta masiva de trabajadores contra la policía. El cambio de localización temporal del evento arrojaría cierto escepticismo sobre la pretensión de verdad de las fuentes orales en lo referido al "conocimiento" del pasado, si el objetivo que se persigue es la reconstrucción o reproducción de lo que "realmente" ocurrió. Sin embargo, los trabajadores de Terni habían transformado a Trastulli en un mártir político al reposicionar su muerte, ocurrida en 1947 en ocasión de una protesta sin importancia, a un momento significativo para la política laboral. Retomando la expresión de P. Nora podemos decir que la cronología social construye "los lugares de la memoria" individual en torno a los que se estructuran temporalmente los recuerdos resignificándolos.

Desde esta perspectiva, pierde valor heurístico el concepto de memoria si el único criterio de demarcación se establece en los sujetos portadores de la misma. De la misma manera que toda experiencia vital de un individuo constituye una experiencia colectiva,⁷ no hay algo así como una memoria individual frente a una memoria colectiva, en un sentido, toda memoria es social. Por un lado, la memoria individual se imbrica con la memoria colectiva

en tanto que los contenidos de la primera están socialmente organizados. Por otro, la memoria colectiva constituye la imagen del pasado que poseen los individuos que, a pesar de no haberlo experimentado directamente, han adquirido por medio de la educación o de relatos de antepasados o de artefactos producidos socialmente para ser repositorios de memorias (museos, librerías, monumentos). Creo que una de las consecuencias más importantes de este acento en el componente social de la memoria individual es el de borrar la distinción ortodoxa entre la historia oral entendida como la reconstrucción discursiva de los eventos recordados en el contexto de una vida individual y la tradición oral como conocimiento compartido del pasado transmitido a través de generaciones, ya que dicha distinción presupone una dicotomía rígida entre memoria individual y memoria colectiva.

Siguiendo a Halbwachs, el recuerdo puede ser caracterizado como un proceso de reconstrucción imaginativa en el cual se integran imágenes específicas formuladas en el presente en particulares contextos identificados con el pasado. Las imágenes recordadas no son evocaciones de un pasado real sino representaciones de él, es decir, lo que imaginamos en el presente que ocurrió en el pasado. La forma que la representación adquiera depende del contexto social que la resignifica.⁸

En definitiva, lo que recordamos depende de los contextos en los que nos encontramos y de los grupos con los que nos relacionamos. Desde esta perspectiva, el recuerdo es menos un medio de acceso a lo real pasado que un fin para explorar en su misma superficie los conflictos públicos y privados acerca de cómo debe ser recordado y transmitido el pasado. Esto no significa que la fuente oral carezca de toda "referencia a la realidad" sino que se pone de relieve su aspecto como recurso interpretativo. En este sentido los errores factuales son tan significativos como los olvidos o las referencias exactas. Dicho "giro interpretativo" en el tratamiento del recuerdo va de la mano con los nuevos aportes de la neurobiología contemporánea que dieron por tierra la teoría topológica de Broca y el concepto freudiano acerca de que las memorias son preservadas intactas en la vida inconsciente. Al respecto, se acepta que "aunque eventos experimentados conscientemente pueden no desaparecer completamente de la memoria, raramente, o casi nunca, son reproducidos con fidelidad. Todos los actos de recuerdo son también actos de imaginación, reinterpretaciones retrospectivas, miniconfabulaciones. La tendencia a la distorsión no es consecuencia de una deficiencia en la función cerebral sino un reflejo de la evolución adaptativa."⁹

Al considerar el componente interpretativo del recuerdo se rescata esta dimensión adaptativa de la memoria al atender especialmente al modo en que la memoria constituye significados articulando el presente con el pasado. De este modo, la memoria individual y la colectiva se constituyen en mutuo diálogo. La memoria colectiva no consiste en la transmisión de un conjunto de hechos acerca del pasado sino es, por sobre todo, un código semántico que opera como contexto en el proceso de recuperar los recuerdos individuales. Los recuerdos, entonces, constituyen configuraciones de sentido de eventos seleccionados a partir de "lugares de la memoria".

Desde esta perspectiva queda descubierto el rol de mediador del historiador entre el presente y el pasado reciente. Al hecho de que no hay modo definitivo, quirúrgico, de separar lo fáctico de lo alegórico en los testimonios orales, se suma la cuestión de que los datos que el historiador recaba sólo cobran sentido dentro de patrones de ensamble y narrativas que son convencionales, políticas y significativas dentro de las condiciones institucionales en que se desenvuelve la disciplina.

Esta cuestión revela el carácter problemático del estatuto epistémico del recuerdo en tanto huella o vestigio del pasado. El recuerdo es autorreferente y en tanto es usado como documento histórico en su acepción tradicional cuestiona el carácter inferencial de la historia para la que el documento tiene función de garante, la prueba material de la relación que se hace de un curso de acontecimientos. Si se atribuye estatuto de documento al recuerdo no se puede evitar concluir con Hobsbawm acerca de que “nunca haremos un uso apropiado de la historia oral hasta que determinemos qué puede fallar en el recuerdo, del mismo modo que hemos determinado que es lo que puede salir mal cuando se copian manuscritos a mano.”¹⁰ El recuerdo se transforma, entonces, en fuente secundaria de información en tanto que se pueda cotejar con alguna otra fuente independiente verificable, y aprobarlo porque dicha fuente lo confirma y el problema más urgente parece ser el de poder determinar qué se puede creer cuando no hay ninguna posibilidad de cotejar la información que se posee. La cuestión que aquí no se tiene en cuenta es que la memoria es menos un mecanismo de registro que un mecanismo selectivo y la selección, dentro de ciertos límites, cambia constantemente.

Sin embargo, si consideramos que no hay memoria puramente individual en tanto que todo recuerdo es recodificado semánticamente en un tiempo público y si se asume la crítica de Le Goff a la noción tradicional de documento en el sentido de que también en éste se encuentra la finalidad de conmemorar el pasado (finalidad explícita en el monumento)¹¹ entonces, el tratamiento del recuerdo como fuente de la historia permite considerar bajo una nueva luz las condiciones de la producción histórica y su intencionalidad.

En el recuerdo, transformado en documento por el historiador, no sólo colapsan el presente de la rememoración con el pasado vivido en el momento del acontecimiento sino la memoria individual con los lugares de la memoria colectiva. La primera relación pone en evidencia la significancia del recuerdo en tanto huella del pasado; la segunda indica la mediación entre la memoria individual y ese pasado que precede a la memoria que es el pasado histórico.

En la significancia del pasado, ve Ricoeur, con razón, su condición histórica, ya que el uso científico de un pasado no-significante daría origen a una actividad que no podríamos llamar propiamente historia.¹² El recuerdo, ya sea como recolección provocada por la entrevista o como retención de retenciones transmitida en el relato entre generaciones, adquiere el estatuto de documento significativo en tanto lo rememorado se relaciona con el tiempo social estructurado en torno a los “lugares” simbólicos del pasado que se intenta reconstruir.

Esta cuestión se presenta en su máxima patencia en la historia contemporánea pues si se acepta que la alteridad es condición de comprensión histórica en tanto restituye la distancia temporal necesaria que garantizaría una reconstrucción libre de “intereses prácticos”, la historia contemporánea sería imposible por definición. Si la separación entre pasado y presente se transforma en condición necesaria para la constitución del objeto histórico entonces, eso mismo, se vuelve en contra de la posibilidad de reconstrucción de acontecimientos que constituyen aún recuerdos de la generación que los vivió, dado que la función de retención de la memoria asegura la continuidad del pasado con el presente. Toda historia contemporánea es una forma de memoria aún cuando se reconozca en la historia una instancia crítica hacia el recuerdo. No en vano Hobsbawm, como autor de la *Historia del Siglo XX (1914-1991)* -período que casi concuerda con su propia vida- reconoce que “no hay ningún

país donde al desaparecer la generación que tuvo experiencia directa de la Segunda Guerra Mundial, no se haya producido un cambio importante, aunque a menudo silencioso, en su política, así como en su perspectiva histórica de la guerra y -como es evidente tanto en Francia como en Italia- de la Resistencia. Esto es aplicable, de modo más general, al recuerdo de cualesquiera de los grandes cataclismos y traumas de la vida nacional.¹³

Ninguno de los dos modos con los que una sociedad construye significados articulando el presente con el pasado -es decir, memoria e historia- se excluyen mutuamente. La memoria es el substrato y condición de posibilidad del pasado objetivado por la investigación histórica, ya que la historiografía emerge de la misma como una forma específica de práctica humana. Es decir, como una forma cultural de práctica racional en el sentido de que está regida por un conjunto de reglas que regulan, entre otras cosas, la forma de dar sentido al pasado a través de estrategias de conceptualización, el uso de la evidencia empírica en la representación, el tipo de argumentación, etc. Dado que el substrato de donde emerge es esta necesidad de orientación temporal de los grupos, en su origen está inserta su dimensión práctica, es decir, su función orientativa y su articulación directa con el grupo a quien está dirigida. Y quizás sea por esta razón que ciertos recuerdos de la historia reciente que, para Ricoeur, encarnan lo *tremendum horrendum* encierren en sí mismos tanto la imposibilidad práctica de la historia de neutralidad ética como el imperativo bíblico Zakhor! (no olvides!).¹⁴

Notas

¹ D. Carr, *Time, Narrative and Knowledge*, Indiana University Press, Indianapolis, 1986. P. Ricoeur, *Temps et récit*, Paris, Seuil, 1983-1985.

² I. Hacking, *Rewriting the Soul. Multiple Personality and the Sciences of Memory*, Princeton University Press, 1995. H. Hirsch, *Genocide and the Politics of Memory*, The University of North Carolina Press, 1995.

³ Cfr. M. Roper, "Oral history" en *The Contemporary History Handbook*, B. Brivati, J. Buxton and A. Seldon (ed.), Manchester University Press, 1996, p. 345.

⁴ Cfr. M. Roper, *op. cit.*, p. 354.

⁵ P. Nora, *Les Lieux de Mémoire*, Ed. Gallimard, 1997.

⁶ Cfr. por ejemplo, M. Agulhon, *Marianne into Battle. Republican Imagery and Symbolism in France, 1789-1880*. Trans., J. Lloyd, Cambridge University Press, 1981; Baram, A., *Culture, History and Ideology in the Formation of Ba'hist Iraq, 1968-80*, New York, St. Martin's Press, 1991; Bodnar, J., *Remaking America: Public Memory, Commemoration and Patriotism in the Twentieth Century*, Princeton University Press, 1992, etc.

⁷ E. Hobsbawm, afirma que "si la mayoría de nosotros reconoce los principales hitos de la historia mundial o nacional de su vida, no se debe a que todos los hayamos experimentado, aunque es posible que así haya ocurrido en el caso de algunos" en "El presente como historia" en *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998, p.231.

⁸ M. Halbwachs, *The Collective Memory*, New York, Harper and Row, 1980, 30-33.

⁹ M. Mesulam, "Notes on the Cerebral Topography of Memory and Memory Distortion: A Neurologist's Perspective" en *Memory Distortion*, D. Schacter (ed.), Harvard University Press, 1995, p.379.

¹⁰ E. Hobsbawm, "Sobre la historia desde abajo" en *op. cit.*, p. 209.

¹¹ J. Le Goff, "Documento/monumento", en *Enciclopedia Einaudi*, vol. 5, Turin, Einaudi, p.38.

¹² P. Ricoeur, *Tiempo y Narración III*, Madrid, Siglo XXI, p.806.

¹³ E. Hobsbawm, "El presente como historia", en *op. cit.*, p.235.

¹⁴ Y. Yerushalmi, *Zakhor. Jewish History and Jewish Memory*, University of Washington Press, 1989.